

CUENTO

MAL OLIENTE

(Y conste que no mencionamos al río Oiartzun)

Alberto ECEIZA MICHEL

Carmelo era un hombre optimista en grado sumo. Desde luego, la vida no se portaba mal con él: tenía empleo decente, una novia guapa y alegre y, sobre todo, veintitrés años sanos y boyantes. Con todo eso no es extraño que viese la vida de color de rosa ¿no creen?

Pero, aquel día nefasto estuvo en muy poco de perder su optimismo junto con otras cosas o, al revés, perder esas otras cosas y, con ellas el optimismo. Y todo por una miserable defecación canina.

Salió de casa tan pimpante después de ducharse y acicalarse cuidadosamente ya que tenía cita con su Julita, su dulce y encantador amor. Eran las ocho de la tarde menos algunos minutos y, cuando se dirigía al lugar de la cita con los ojos brillantes y el corazón tumultuoso —no hacía mucho que inició su noviazgo— ¡Zas!, ete aquí que pisa algo blanducho, resbaladizo, repelente aún a través de la suela del zapato; contribución a la estética urbana de un can sacado momentos antes precisamente a “eso”.

Lo peor era el olor: ¡Dios mío! ¡Si el chuchó que hizo “aquello” tendría algo de esas mofetas que, en las películas americanas de dibujos, hacen huir a todo bicho viviente! Porque olfa... ¡Puaf y cómo! El perrito aquel comería muy bien, pero el resultado de sus digestiones era eso que piensan ustedes, mas en horrorosamente fétido.

Carmelo se acercó al borde de la acera donde restregó su zapato para librarlo de aquella plasta apesetosa mientras murmuraba florilegios en castellano clásico, sobre los perros, las perras y los dueños y dueñas de ellos, que los sacaban a la calle para que adornasen las aceras con tales manifestaciones de su metabolismo. Pero... por mucho que restregaba, aún ayudado por unas hojas de papel que arrancó a un cuadernillo de notas; no terminaba de limpiar su calzado. Es más, parecía que cuanto más frotaba, más olía la condenada caca... Pensó en volver a casa para mudarse de zapatos o limpiar aquel con agua y desodorante, pero, no quería retrasarse en su cita así que optó por proseguir su camino, después de hacer todo lo que las circunstancias le permitieron para librase del residuo perruno y sus emanaciones. Sin embargo, tenía tan metido en sus narices el “perfume” del mismo que, incluso, le parecía que la gente con que se cruzaba, le miraba como se mira a...eso... ¡Un apestado!

Julita le esperaba ya porque era una chica que, además de sus otras cualidades estéticas, tenía la de la puntualidad, que, aún cuando no sea estética, es magnífica en una chica.

Cuando Carmelo llegó junto a ella, miró ávidamente su bello rostro y, aún antes del habitual saludo, le preguntó ansioso:

— ¿No hueles?

— No, ¿qué he de oler? —preguntó ella extrañada de tan curiosa salutación.

— Pues a mierda —replicó el malhumorado—. He pisado una de perro y tengo su tufo metido en lo más hondo de la pituitaria. Me parece que voy apestando por donde paso...

— ¡Hombre, puestos a exagerar, eres un campeón! Yo no huelo nada... Además... ¿juegas a la Lotería?

— No, ¿por qué?

— ¡Qué lástima! Dicen que el que juega a la Lotería y pisa —sin querer, claro— algo de “eso”, le cae el “gordo”...

— Oye ¿y no valdrá comprando un décimo ahora? Porque, también es casualidad, pero allí viene un vendedor ambulante...

— No lo sé...

— Por si acaso, voy a comprar una participación... ¡Oiga amigo! ¿Me da un décimo para el próximo sorteo?

— ¿Qué número quiere de los que llevo?

— Me da igual... El que más le guste...

— Tenga, capicúa. Son quinientas “pelas”

— ¡Ostras, Pedrín! ¿Tanto?

— Tengo otros para el siguiente sorteo, a doscientas cincuenta pesetas...

— No no, deje... ¡Ya que lo ha cortado!

— Carmelo, si tienes suerte, nos casamos enseguida —dijo emocionada Julita— A ver, cuánto nos tocaría con el “gordo”... ¡Jolín, cuatro millones!

— Si es así... ¡Bendito excremento!

Pero el destino de Carmelo estaba visto que, aquel día, los hados habían dispuesto estuviese rodeado por desagradables efluvios perrunos. Al bajar de la Herriko Emparantza hacia la calle Magdalena, todos saben que hay un trozo bastante pendiente al principio de la misma. Pues bien, allí. ¡Allí!, volvió a pisar otra “gracia” canina pero esta vez con tan mala fortuna que resbaló y cayó, quedando sentado sobre la deposición causante del desaguisado. La pendiente de la calle facilitó la pérdida de la verticalidad del desdichado Carmelo, quien dio con su rabadilla en el duro suelo. Un dolor agudo le recorrió la columna vertebral y le hizo perder el color y, casi, el conocimiento. Su novia se inclinó sobre él toda alarmada y pretendió ayudarle a levantarse. La gente se arremolinó en torno...

— ¿Qué pasa, qué pasa...? —preguntaban al ver a un hombrachón como Carmelo sentado en el santo suelo y al cual, a duras penas, entre su novia y un voluntario, pretendían levantar.

— Nada, que se ha resbalado con una mierda de perro...

— ¡No hay derecho! ¿Qué hace el Ayuntamiento? Están todas las calles que dan asco con tantas cagaditas de chuchó.

— Eso no es cosa del Ayuntamiento, señora. Eso es cosa de los dueños de los perros, que deberían limpiar lo que ellos hacen, como lo harán, sin duda, si los perros se “descuidan” en sus casas...

— Yo no digo que no... pero los alguaciles debían multar a los perros que van haciendo “eso”...

— ¡Eh, oiga! —intervino un municipal que se acercó a ver qué pasaba y captó la “directa”— ¡Que no vamos a ir por ahí siguiendo a los perritos para ver si hacen sus necesidades en la calle!..

— ¡Claro que no! —intervino un señor— Es mejor que vayan cazando a los incautos que dejan sus coches mal aparcados. Esos, por lo menos, pagan multas...

— ¡Ya salió! Lo que hace falta es disciplina cívica...que aquí todo quisque se cree dueño de hacer lo que le dé la gana sin preocuparse de si perjudica al vecino...

— Sí, como los dueños de los perros...

— Eso...pero en todo...Antes no pasaba esto...

— Pero pasaban otras cosas peores... No nos venga ahora con el rollo de San Franco...

Y la cosa se fue enconando con la aportación de nuevas gentes al grupo. La caquita de perro iba tomando las dimensiones de, por lo menos, la deposición de un Gargantúa canino. Todos tenía razón en sus encontradas opi-

y después de coger el décimo. Luego, si es verdad que eso da suerte, la tendré por partida doble...

— Me asustaste cuando te has caído —dijo Julita— ¡Te pusiste tan blanco!..

— ¡Joder! ¿Quieres que te dé una patada en la misma rabadilla? ¡Verás que gusto te da! Creí que me salía la columna por el cogote...

— Bueno, bueno, no te sulfures... ¿Te sigue doliendo?

— Pues, sí; pero ya es más soportable... ¡Malditos canes!

— Ellos no tienen la culpa, sino sus dueños...

— Quien sea no me pagará la limpieza del traje que, ahora, no me dirás que no huele... ¡Me he sentado sobre la misma plasta en la que he resbalado!

— ¡Bah, no hiede mucho! Tampoco la mancha es tan grande que no se pueda quitar con un poco de agua clara... Ven, vamos a mi casa y te limpiaré eso. Claro que te tendrás que quitar los pantalones...



niones ¿Hay algún eúskaro o español que no la tenga? Y allí, los perros, los automóviles, los dueños de los perros, los dueños de los automóviles, los municipales, el Ayuntamiento, el civismo, la incultura, la tolerancia, la intolerancia...todo, todo... rebotaba de uno a otro como chispas de un fuego de artificio.

Mientras tanto Carmelo, renqueante, cogido del brazo de su novia —lo que le hacía renquear aún más ya que ello le permitía ciertos “roces” muy dulces— se fue alejando de donde el grupo discutía “arreglando” el municipio, La provincia, Euskadi, España y hasta el Universo entero. Ya ven la importancia que tiene el “desahogo” de un chuchito de raza incleterminada en una acera renteriana.

— Si no nos toca la Lotería de ésta —gimió Camelo— jamás nos tocará. He pisado DOS cacas de perro, antes

— ¡Encantado! Y tú, ¿qué te quitarás, chachi?

— No descarriles, chacho. En casa, a esta hora, estarán mis padres y mientras te limpio y seco con la plancha el pantalón, podrás ponerte uno de mi aitá, que viene a ser de tu misma talla...

— Pues chica... Creí que...te aprovecharías de mí...

— ¡Ya, ya; que soy de las antiguas, chaval!

Para los amantes de las supersticiones, augurios, señales del Más Allá, etc., etc.; diré que, a Carmelo, no le tocó la Lotería, pero que, gracias a la “gracia” de un can, entró en casa de Julita con la excusa de la limpieza de los pantalones y se encontró con toda la familia de su novia en pleno. Y si, encima, se tuvo que quitar los pantalones, díganme si aquello no era una formalización, casi sacra, de sus relaciones.

Luego, más tarde, algunos años después de casado, Carmelo llegó a pensar si Julita no habría puesto, “a drede”, aquel “desahogo” canino en la pendiente acera de la calle Magdalena.